



distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilita la verdad de la religion católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay mas que una religion verdadera, que la fé en Jesucristo es necesaria para la eterna salvacion, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios; y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa, que consideramos como una inmensa calamidad la alteracion de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en qué estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religion que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distincion de razas, pueden contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos, para quienes no hay verdad ni salvacion fuera de la Iglesia, y que ademas están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazón que abran los ojos á la luz de la fé, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien

se echa de ver que no trato, como suele decirse, de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista, en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice: *quod nimis probat, nihil probat*; lo que prueba demasiado, no prueba nada; lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no solo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino tambien lo que á las claras es falso; de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razon en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso tambien; luego por mas especioso que sea un argumento, por mas apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algun vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deduccion á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostracion pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostracion de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser: y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vicio en la demostracion, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razon crítica, de la que resulten condenados tambien, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que debo apartarme de mi razonamiento, segu

ro de que está mal concebido: prueba demasiado, y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narracion de un viajero, me empeño en que se ha de dar fé á sus palabras alegando razones de las que se infriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas, mi manera de discurrir seria mala tambien, porque probaria demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algun tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestion que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, como si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí pueden resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no solo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además, si la dificultad que se levanta contra la permission de este mal significa algo, es nada menos que una completa negacion de toda providencia, es decir, la negacion de Dios, el ateísmo. La razon es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos; si se pretende pues que la providencia no puede permitirlo, se pretende tambien que la providencia no existe, es decir, que no hay Dios.

Infiérese de aquí, que la permission de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulman, al hombre que admite una religion cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcoran y su Profeta, pretendiendo que su religion es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: « si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? Si se engañan miserablemente los que viven en religion diferente de la tuya, ¿porqué permite Dios que todos los demas pueblos del mundo permanezcan privados de la luz? » A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateísmo en todo su horror y negrura, que no la opinion que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pié la misma dificultad arriba propuesta: ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio mas grave é importante que es la religion? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto en que le tribute la expresion de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos, ¿cómo es posible que á los ojos de un Ser de infinita verdad, sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominacion? ¿cómo es posible que un Dios infi-

nitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente pródigo, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones solo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas, fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creacion, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios puede darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestion el principio dialéctico que mas arriba he recordado; y cómo una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religion, y aun á los puros deístas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? Hé aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente; hé aquí la manera de discurrir mas conforme á la razon: « El mal existe, es cierto; pero la providencia existe tambien, no es menos cierto; en apariencia, son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradiccion no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda des-

aparecer esta contradiccion, y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances. »

Si bien se observa, en los negocios mas comunes de la vida, hacemos á cada paso un racionio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible, á nuestro juicio se excluyen, se repugnan; pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. « Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo, me parece imposible que así sea, pero veo que así es. » En seguida, si la cosa merece la pena, buscamos la razon secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho á desechiar aquellos extremos, de cuya existencia no podemos dudar, por mas que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo el emplear en el exámen de las verdades mas importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios mas comunes; y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razon, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la direccion y arreglo de nuestros mas pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica, y por la mas sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religion, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la oscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones mas espantosas que

las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y predestinacion? Si el hombre no atiende á mas que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobreco- gido de horror, erizansele los cabellos á la sola conside- racion de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él, ya sabia Dios cuál habia de ser su paradero; pero tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperacion que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegar, halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

« ¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? Si, dudarlo no puedes, te lo enseña la fé, te lo dicta la razon, lo experimentas por el sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas mas cierto de tu existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios. »

« Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿Es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y porqué? Porque lo que prueba demasia- do no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se se- guiria que tampoco he de cuidar de mis negocios tem- porales, porque al fin no será de ellos mas de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razon, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuerto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir

de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaria de sentido comun, hasta de juicio, haria de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incompreñsibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente. »

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religion se proponen: miradas superficial- mente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razon y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razon de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que mas interesa al humano linaje. La explicacion de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la religion católica sobre la prevaricacion y consiguiente degeneracion de la descendencia de Adan. *El pecado, y como su consiguiente castigo, las tinieblas en el entendimiento, la corrupcion en la voluntad;* hé aquí la fórmula para resolver el problema; revolved la historia, consultad la filosofia, nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienen á este hecho miste- rioso, oscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incompreñsible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; solo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aber- raciones de la mayor parte de la humanidad; no hay otro medio de dar una explicacion plausible á esta cala- midad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incompreñsible, es verdad; pero atreveos á

desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es mas que una serie de catástrofes sin razon ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontráis por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensacion; todas las ideas de órden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creacion, acabais por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental, el edificio se levanta por si mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisais razones profundas, adorables designios, allí donde no vérais sino injusticia, ó acaso; y la serie de los acontecimientos desde la creacion hasta nuestros dias se desarrolla á vuestros ojos, como un magnífico lienzo donde encontráis las obras de una justicia inflexible, y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntais porqué tan considerable porcion de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte; os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha transmitido á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado de ceguera. Esta calamidad, grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adán cuando le dijo Dios: «Adán dónde estás?» resuenan dolorosamente todavía despues de tantos siglos: y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del paraíso. El *sudor del rostro, la muerte*, se os ofrecerán por do quiera: en ninguna parte notareis que

las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y de la expiacion.

Cuanto mas se medita sobre estas verdades, mas profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane*, comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, y haced las aplicaciones á cuantos objetos os plazca, y no hallareis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios*; no se verifica pues la terrible pena, solo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfeccion. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos, no llega jamás al punto que desea sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos le da *espinas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino despues de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores. ¿Ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organizacion social y política? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneracion; y á menudo, despues de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemian. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilizacion ó cultura de otro? la inoculacion se hace con hierro y fuego: generaciones enteras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No vereis el genio sin grandes infortunios; no la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; no el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; no el heroismo sin la persecucion;

todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiacion, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adan hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, porqué no ha llamado mas la atencion este punto de vista, y porqué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religion que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada dia. La prevaricacion y degeneracion del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio de la reparacion, comprada con la sangre del Hijo de Dios, se forma el mas admirable conjunto que imaginarse pueda; un sistema tan sublime, que á la primera ojeada manifiesta su origen divino. No; no pudo nacer de cabeza humana combinacion tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se traban de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su oscuridad pavorosa arrojaran rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el origen y destinos del hombre andaba haciendo la filosofía.

Esto es lo principal que tenia que decirle á V. sobre las dificultades propuestas; ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y conviccion de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platon hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular

nada con que un espíritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religion. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras: si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningun confin del horizonte un rayo de luz, y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres; si su alma ha nacido para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus dias con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazon.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero dia vendrá, en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. No; no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religion, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al origen, vida y destino del hombre. ¿Qué mas? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestibulo mismo del templo de la filosofía, encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles, y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada pretericion las cuestiones que mas de

cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la oscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es carácter de la verdad, y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del dia. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿porqué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro dia, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusion; entre tanto disponga de su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA III.

Mi querido amigo : cuando segun me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V. de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios : esto allana sobre manera el camino á la discusion, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V. ; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como esmenester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusion era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda : « me parece que podemos